

UNIVERSIDAD PERUANA UNIÓN
FACULTAD DE TEOLOGÍA
Escuela Profesional de Teología



El nuevo nacimiento en los escritos de Elena G. de White

Tesis para obtener el Título Profesional de Licenciado en Teología

Autor:

Luis Joel Guerrero Julca

Asesor:

Mg. Joel Ricardo Turpo Chaparro

Lima, marzo de 2024

DECLARACIÓN JURADA DE ORIGINALIDAD DE TESIS

Yo Joel Ricardo Turpo Chaparro, docente de la Facultad de Teología, Escuela Profesional de Teología, de la Universidad Peruana Unión.

DECLARO:

Que la presente investigación titulada: **“EL NUEVO NACIMIENTO EN LOS ESCRITOS DE ELENA G. DE WHITE”** de Luis Joel Guerrero Julca tiene un índice de similitud de 19% verificable en el informe del programa Turnitin, y fue realizada en la Universidad Peruana Unión bajo mi dirección.

En tal sentido asumo la responsabilidad que corresponde ante cualquier falsedad u omisión de los documentos como de la información aportada, firmo la presente declaración en la ciudad de Lima, a los 28 días del mes de marzo del año 2024.



Mg. Joel Ricardo Turpo Chaparro

ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS

En Lima, Ñaña, Villa Unión, a los 14 día(s) del mes de marzo del año 2024 siendo las 16:00 horas, se reunieron los miembros del jurado en la Universidad Peruana Unión Campus Lima, bajo la dirección del (de la) presidente(a): Dr. Roy Edgar Graf Maiorov (la) secretario(a): Mtro. Saulo Caleb Cruz Huaranga y los demás miembros: Dr. Roy Edgar Graf Maiorov; Mtro. Saulo Caleb Cruz Huaranga y el (la) asesor(a) Mg. Joel Ricardo Turpo Chaparro con el propósito de administrar el acto académico de sustentación de la tesis titulada: **“El nuevo nacimiento en los escritos de Elena G. de White”** del bachiller Luis Joel Guerrero Julca conducente a la obtención del Grado Académico de Licenciado en Teología.

El presidente inició el acto académico de sustentación invitando al candidato a hacer uso del tiempo determinado para su exposición. Concluida la exposición, el presidente invitó a los demás miembros del jurado a efectuar las preguntas, y aclaraciones pertinentes, las cuales fueron absueltas por el candidato. Luego, se produjo un receso para las deliberaciones y la emisión del dictamen del jurado.

Posteriormente, el jurado procedió a dejar constancia escrita sobre la evaluación en la presente acta, con el dictamen siguiente:

Candidato/a-(a): Luis Joel Guerrero Julca

CALIFICACIÓN	ESCALAS			Mérito
	Vigesimal	Literal	Cualitativa	
Aprobado	19	A	Con nominación de Excelente	Excelencia

Candidato/a (b):

CALIFICACIÓN	ESCALAS			Mérito
	Vigesimal	Literal	Cualitativa	

Candidato/a-(c):


CALIFICACIÓN	ESCALAS			Mérito
	Vigesimal	Literal	Cualitativa	

(*) Ver parte posterior

Finalmente, el presidente del jurado invitó al (a la) / a (los) (las) candidato(a)s a ponerse de pie, para recibir la evaluación final y concluir el acto académico de sustentación procediéndose a registrar las firmas respectivas.

“SUSTENTACIÓN REALIZADA BAJO LA MODALIDAD VIRTUAL SINCRÓNICA”

Presidente/a



Secretario/a

Asesor/a

Miembro

Miembro

Candidato/a (a)

Candidato/a (b)

Candidato/a (c)

Índice

I.	Resumen...	5
II.	Introducción	6
III.	La naturaleza humana antes de la conversión	.8
IV.	Proceso de la conversión humana	.18
V.	La naturaleza humana después de la conversión	27
VI.	Conclusiones	29
VII.	Referencias Bibliograficas	32

RESUMEN

“El nuevo nacimiento en los Escritos de Elena G. de White”----El nuevo nacimiento cumple un rol significativo en la experiencia de la salvación del ser humano. Sin embargo, al tratar de entender su proceso en el contexto de la naturaleza caída del hombre, surgen diversas formas de entender este asunto. Por ejemplo, en la soteriología de Martín Lutero al creer en la predestinación absoluta, él sostiene que solo podrán ser convertidos los que han sido elegidos por Dios para salvación, en cambio en la soteriología de Jacobo Arminio se afirma que la conversión solo es posible mediante la gracia preveniente. Sin embargo, ¿qué es lo que los adventistas han sostenido históricamente con respecto a este asunto? El presente trabajo de investigación presenta el punto de vista de Elena G. de White con respecto al nuevo nacimiento en el contexto de su comprensión de la naturaleza caída del ser humano. La manera en que se aborda este estudio, es mediante una revisión sistemática de los escritos de Elena G White.

Palabras clave: Nuevo nacimiento, conversión, soteriología, Elena G. de White, libre albedrío.

ABSTRACT

"The New Birth in the Writings of Ellen G. White"---- The new birth plays a significant role in the salvation experience of the human being. However, in trying to understand its process in the context of man's fallen nature, various ways of understanding this issue emerge. For example, in Martin Luther's soteriology, believing in absolute predestination, he holds that only those who have been elected by God for salvation can be converted, while in the soteriology of Jacobus Arminius it is affirmed that conversion is only possible through prevenient grace. However, what have Adventists historically held with respect to this issue? The present research paper presents Ellen White's view of the new birth in the context of her understanding of the fallen nature of man. The manner in which this study is approached is through a systematic review of Ellen White's writings.

Keywords: New birth, conversion, soteriology, Ellen G. White, free will.

Introducción

Según el Nuevo Testamento, ningún ser humano podrá ser salvo sin pasar por la experiencia del nuevo nacimiento. En el encuentro de Nicodemo con Jesús, el maestro revela esta verdad al afirmar: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn 3:3, RVR 1995).

El nuevo nacimiento juega un papel imprescindible en el proceso de la redención humana. Sin embargo, al tratar de entender su proceso en el contexto de la naturaleza caída del hombre, surgen diversas formas de entender este asunto.

Por ejemplo, la soteriología luterana considera que como la caída del hombre es total (perdió su libertad), la única esperanza para que el ser humano pueda ser regenerado,¹ es haber sido elegido por Dios para salvación: “Él [el hombre] es y sigue siendo un enemigo de Dios hasta que por el poder del Espíritu Santo a través de la Palabra que es predicada y escuchada, puramente por gracia y sin ninguna cooperación de su parte, se convierte, se hace creyente, es regenerado y renovado”.²

Por otra parte, Jacobo Arminio, al igual que Lutero, también creía que después de la caída, el ser humano perdió su libertad para escoger a Cristo. Nótese lo que él dice al

¹ Elena G. de White para referirse al nuevo nacimiento, utiliza los términos conversión y regeneración como sinónimos. En el presente estudio se usarán estos términos como equivalentes.

² *The Book of Concord: The Confessions of the Evangelical Lutheran Church*, ed. Theodore G. Tappert (Philadelphia: Fortress Press, 1959): 521, citado en Pedersen Gunnar, “The Soteriology of Ellen G. White Compared with the Lutheran Formula of Concord: A Study of the Adventist Doctrine of the Final Judgment of the Saints and Their Justification Before God” (Tesis Doctoral, Andrews University, 1995), 521.

respecto: “El libre albedrío del ser humano hacia el verdadero bien es no solo herido, mutilado, enfermo, encorvado y debilitado; pero también está preso, destruido y perdido”.¹

Es por eso que él afirma, que para que el hombre pueda ser regenerado, Dios tiene que devolverle su libertad (gracia preveniente), para que de esta forma él pueda estar capacitado para elegir a Cristo voluntariamente: “Dios dispuso otorgar esas ayudas misericordiosas que eran necesarias y suficientes para creer en Cristo”.²

Ante las diferentes posturas que existen para entender el proceso del nuevo nacimiento en el mundo cristiano, es posible preguntarse: ¿qué es lo que los adventistas han sostenido históricamente con respecto a este asunto? Considerando el peso teológico que tienen los escritos de Elena G. de White para representar el pensamiento adventista, sería útil explorar su punto de vista al respecto, para entender si la perspectiva adventista del nuevo nacimiento es compatible con la noción protestante.

El presente trabajo de investigación tiene como objetivo, responder a la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que enseñó Elena G. de White con respecto al nuevo nacimiento en el contexto de su comprensión de la naturaleza caída del ser humano? La manera en que se abordará este estudio, es mediante una revisión sistemática de los escritos de Elena G. de White. Asimismo el artículo está compuesto de tres secciones principales. La primera

¹ *Pub. Disp.*, XI, in *Works*, 2:192; citado en Abner F. Hernandez, “The Doctrine of Prevenient Grace in the Theology of Jacobus Arminius” (Tesis Doctoral, Andrews University, 2017), 158.

² *Apology*, Article XIX, *Works*, 2:23; citado en Hernandez, “The Doctrine of Prevenient Grace”, 171.

sección presenta las características de la naturaleza humana antes de la conversión. La segunda sección analiza el proceso de la conversión en el ser humano y en la tercera, se analizan los cambios que provoca el nuevo nacimiento en la naturaleza del hombre.

La naturaleza humana antes de la conversión

(1) Características de la naturaleza humana antes de la caída.

El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Para Elena G. de White esta semejanza se da tanto en su aspecto “exterior, como en el carácter”.¹

Describiendo la perfección del carácter con la que el hombre fue creado, ella expresa que “Dios hizo a Adán conforme a su propio carácter, puro y recto. No hubo principios corruptos en el primer Adán, ni propensiones corruptas o tendencias al mal. Adán era tan impecable como los ángeles ante el trono de Dios”.² Su perfecto carácter³ lo capacitaba para obedecer perfectamente la ley divina.

¹ Elena G. de White, *La educación* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1978), 270. Elena G. de White al explicar más en detalle, que el ser creado a imagen y semejanza de Dios no solo significaba que el hombre se parecía a su creador en carácter, sino también en su forma externa, expresa que “Adán y Eva habían recibido capacidades dignas de su elevado destino. De formas graciosas y simétricas, de rasgos regulares y hermosos, de rostros que irradiaban los colores de la salud, la luz del gozo y la esperanza, eran en su aspecto exterior la imagen de su Hacedor. Esta semejanza no se manifestaba solamente en su naturaleza física. Todas las facultades de la mente y el alma reflejaban la gloria del Creador”. *Ibid.*, 20.

² Ellen G. White Estate, Letter 191, 1899.

³ Para Elena G. de White el carácter tiene que ver con la calificación moral de la persona. Roy Graf, “Supuestos Antropológicos en Elena de White e Implicaciones Educativas” (Tesis de licenciatura, Universidad Adventista del Plata, 1999), 103. Es por eso que ella llega a afirmar que “cada acto de la vida es una revelación del carácter”. White, *La educación*, 61. En otra declaración útil, ella también expresa que “los pensamientos y sentimientos combinados constituyen el carácter moral de la persona”. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Ave Doral, FL: Asociación Publicadora Interamericana, 2003), 5: 290. Para un estudio más amplio acerca del carácter desde la perspectiva de Elena G. de White véase Denis Fortin, y Jerry Moon, *The Ellen G. White*

En otra declaración útil al respecto Elena G. de White dice que Adán “era perfecto y estaba en armonía con Dios. Sus pensamientos eran puros, sus designios santos”.¹ Fue dotado de “nobles rasgos de carácter, sin inclinación hacia lo malo. Le dotó de elevadas cualidades intelectuales, y le presentó los más fuertes atractivos posibles para inducirle a ser constante en su lealtad”.²

Sin embargo ser creado a la imagen de Dios también implicaba tener voluntad (poder de decidir para obediencia o desobediencia). Sin este atributo el hombre, dejaría de ser lo que es y no podría ser calificado moralmente. Vendría hacer un mero autómeta. Es por ello que Elena G. de White insiste en que “Dios creó al hombre como un ente moral libre”.³

De este modo, la condición de santidad y perfección con la que fue creado Adán armonizaba con la naturaleza y la ley divina. No le era necesario una ley escrita, porque los principios de justicia estaban grabados en su corazón. El ser humano hallaba placer en la obediencia, las inclinaciones hacia el mal no hallaban eco en su corazón. Sin embargo, el don del libre albedrío con el que fueron creado también dejaba abierta la posibilidad de

Encyclopedia (Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association, 2013), 1352.

¹ Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1993), 17.

² Elena G. de White, *Historia de los Patriarcas y Profetas* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2008), 30.

³ *Ibíd.*

pecar.¹

(2) Características de la naturaleza humana después de la caída.²

Tras la caída de Adán y Eva, el hombre fue afectado por el pecado tanto en su aspecto exterior³ como en su carácter. La naturaleza perfecta que el ser humano recibió de Dios, sufrió una transformación radical. Sus pensamientos llenos de pureza y santidad, se contaminaron con una “mente corrompida e imaginación perversa”.⁴ “Sus facultades se pervirtieron y el egoísmo reemplazó el amor”.⁵ Por el pecado, el carácter del ser humano se convirtió en depravado.⁶

Elena G. de White también declara que “el pecado no sólo nos aparta de Dios, sino que destruye en el alma humana el deseo y la aptitud para conocerlo”.⁷ Es por eso

¹ Elena G. de White, *Reavivamientos modernos* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1974), 13.

² El presente estudio se limita principalmente a discutir los efectos del pecado en la naturaleza del hombre y no en la naturaleza en general. Para un mejor entendimiento de los alcances del pecado, desde la perspectiva de Elena G. de White, véase Graf, “Supuestos Antropológicos en Elena de White”, 125.

³ Destacando el deterioro físico, por causa del pecado, Elena G. de White expresa que Adán “era más del doble de alto que los hombres que ahora vivían en la tierra”. Ellen G. White Estate, *Spiritual Gifts* (Battle Creek, Mich.: Ellen G. White Estate, 1864), 3: 33. En otra declaración útil ella también afirma que el hombre tenía una “vitalidad veinte veces mayor que la que los hombres tienen actualmente”, véase White, *La educación*, 17.

⁴ Elena G. de White, *Consejos para los maestros* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1971), 410.

⁵ White, *El camino a Cristo*, 17.

⁶ Ellen G. White, *Ye Shall Receive Power* (Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association, 1995), 57.

⁷ White, *La educación*, 29.

que después de la caída, el hombre creado a imagen y semejanza de Dios,

no pudo encontrar gozo en la santidad y procuró ocultarse de la presencia de Dios. Tal es aún la condición del corazón que no ha sido regenerado. No está en armonía con Dios ni encuentra gozo en la comunión con El. El pecador no podría ser feliz en la presencia de Dios; le desagradaría la compañía de los seres santos. Y si se le pudiese admitir en el cielo, no hallaría placer allí. El espíritu de amor abnegado que reina allí, donde todo corazón corresponde al Corazón del amor infinito, no haría vibrar en su alma cuerda alguna de simpatía. Sus pensamientos, sus intereses y móviles están distintos de los que mueven a los moradores celestiales.¹

La perfección de carácter con la que el hombre fue creado, lo capacitaba para resistir al pecado, pero por la transgresión, su naturaleza² se debilitó tanto “que ya no pudo, por su propia fuerza, resistir el poder del mal”,³ sus inclinaciones se volvieron hacia lo malo. Adquirió una naturaleza pecaminosa que lo inclinó hacia el pecado. Elena G. de White lo describe como una fuerza que lo aparta de Dios, “y que sin ayuda él no podrá resistir”.⁴

¹ White, *El camino a Cristo*, 17.

² Elena G. de White sostiene que debido a que el pecado afectó la raíz misma de la naturaleza del hombre, provocó que la naturaleza humana fuese afectada en su totalidad. Ellen G. White, “The warfare Between Good and Evil”, *Review and Herald*, 16 de abril de 1901. Desarrollando esta misma línea de pensamiento ella expresa que “a causa del pecado todo el organismo humano está desordenado”. White, *Consejos para los maestros*, 410. Por consecuencia “las facultades físicas del hombre se debilitaron, su capacidad mental disminuyó, su visión espiritual se oscureció”. White, *La educación*, 15.

Destacando la degradación de la naturaleza humana a causa del pecado, en cuanto a las facultades físicas, ella expresa que la vitalidad de Adán era veinte veces más superior que el ser humano actual. En cuanto al deterioro de las facultades mentales también expresa que “al mezclarse el mal el bien, la mente se tornó confusa”, y lo mismo sucedió con la degradación de las facultades espirituales, el pecado hizo que se destruya en el alma humana el deseo y la aptitud de conocer a Dios. White, *La educación*, 29.

³ *Ibid.*

⁴ White, *La educación*, 29.

Elena G. de White refiriéndose a esa fuerza menciona que “cuanto más luchas por escapar, más te das cuenta de tu impotencia”¹ para lograrlo. Ella escribe que el hombre, “fue hecho cautivo por Satanás”,² pues termina haciendo lo que no quiere, ya que la fuerza de sus impulsos pecaminosos lo arrastra a la desobediencia.

Al corromperse la naturaleza de Adán, el ser humano quedó inhabilitado en poder obedecer perfectamente la ley de Dios, incapacitado para hacerse justo así mismo. Elena G. de White expresa: “Nuestros corazones son malvados y no podemos cambiarlos.”³ “Puesto que somos pecadores y malos, no podemos obedecer perfectamente una ley santa.”⁴ En lugar de solucionar el problema del pecado, la ley Dios más bien condenaba a la raza humana. La impotencia en realizar lo que Dios exige, mostraba cuán grande había sido su caída.

¿El ser humano perdió su libertad después del pecado?⁵

Para Elena G. de White el ser humano tiene libre albedrío incluso aun antes que se

¹ White, *El camino a Cristo*, 18.

² *Ibid.*, 17.

³ *Ibid.*, 18.

⁴ *Ibid.*, 62.

⁵ En el pensamiento calvinista, se afirma que después de la caída el ser humano perdió su libertad, para decidir rechazar o aceptar a Cristo. Nótese lo que La Confesión de Fe de Westminster declara: “El hombre, mediante su caída en el estado de pecado, ha perdido totalmente toda capacidad para querer algún bien espiritual que acompañe a la salvación; de tal manera que, un hombre natural, siendo completamente opuesto a aquel bien, y estando muerto en pecado, es incapaz de convertirse, o prepararse para ello, por su propia fuerza”, de tal forma Dios es quien determina quienes serán convertidos y quiénes no. Véase, Alonzo R. Alvarado, trad., *Los estándares de Westminster y la forma de gobierno de Westminster* (Guadalupe, Costa Rica: CLIR, Bill Green, 2009), 38.

produzca en él la conversión. Tal así que el nuevo nacimiento va a depender de su decisión en aceptar o rechazar el llamado de Dios. Vislumbrando mejor este asunto ella menciona que:

Todas las cosas dependen de la correcta acción de la voluntad. Dios ha dado a los hombres el poder de elegir; depende de ellos el ejercerlo. No puedes cambiar tu corazón, ni dar por ti mismo sus afectos a Dios; pero puedes *elegir* servirle. Puedes darle tu voluntad, para que El obre en ti tanto el querer como el hacer, según su voluntad.¹

En otra declaración útil ella también llega a mencionar que “no es la abundancia de luz y de evidencia lo que convertirá el alma, sino solo la aceptación de la luz por parte del ser humano”.² Es decir, para que Dios convierta al ser humano necesita su consentimiento.

Ahora bien, si Elena G. de White sostiene que el ser humano caído goza del libre albedrío incluso aun antes que se produzca en él, el milagro del nuevo nacimiento, el dilema es ¿cuál es el origen de este libre albedrío?, para lo cual se considerarán las siguientes dos posibilidades:

- (1) Que a causa del pecado, el ser humano perdió su libertad, y por lo tanto Dios tiene que devolvérsela, para que de esta manera él pueda elegir libremente si quiere ser convertido o no.
- (2) Que a causa del pecado la libertad humana quedó debilitada, adormecida, cauterizada, latente, para lo cual Dios tiene que despertarla, para que de esta forma el ser humano esté en las condiciones de elegir libremente si quiere ser regenerado o no.

¹ White, *El camino a Cristo*, 48. Énfasis en el original.

² Ellen G. White Estate, Letter 135, 1898.

Al hacer un análisis cuidadoso en los escritos de Elena G. de White, se puede deducir que ella, se inclina más por la segunda opción. Nótese la siguiente cita: “Cuando se efectúa un cambio en la mente, en el corazón y en el alma, al hombre no se le da una nueva conciencia, sino que su voluntad queda sometida a una conciencia renovada, cuyas *sensibilidades adormecidas son despertadas* por la obra del Espíritu Santo”.¹

Asimismo describiendo la condición del gobernador judío, Félix, quién nunca antes había escuchado el mensaje de salvación, ella llega a mencionar que cuando escuchó la palabra de Dios, predicada por el apóstol Pablo, su conciencia hasta entonces adormecida por el pecado, fue despertada, para poder elegir libremente el aceptar o rechazar a Cristo, pero tristemente el gobernador judío eligió rechazar la invitación divina. El Espíritu Santo puede convencer de pecado, despertar nuestra voluntad, pero jamás puede forzar al ser humano a entregarle su vida a Dios:

La princesa judía entendía bien el carácter sagrado de esa ley que tan desvergonzadamente había transgredido; pero su prejuicio contra el Hombre del Calvario endureció su corazón contra la palabra de vida. Pero Félix nunca antes había escuchado la verdad; y cuando el Espíritu de Dios convenció su alma,² se conmovió profundamente. *La conciencia, despierta ahora*, dejó oír su voz y Félix sintió que las palabras de Pablo eran verdaderas. La memoria le recordó su culpable pasado. Con terrible nitidez recordó los secretos de su vida de libertinaje y de derramamiento de sangre, y el oscuro registro de sus años ulteriores. Se vió licencioso, cruel, codicioso. Nunca antes la verdad había impresionado de esta manera su corazón. Nunca antes se había llenado así su alma de terror. El pensamiento de que todos los secretos de su carrera de crímenes estaban abiertos ante los ojos de Dios, y que habría de ser juzgado de acuerdo con sus hechos, le hizo temblar de miedo.³

¹ Ellen G. White Estate, Letter 44, 1899. Énfasis añadido.

² Cuando el espíritu Santo convence de pecado también despierta la libertad para aceptar a Cristo.

³ Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1957), 340. Énfasis añadido.

Elena G. de White es enfática al afirmar que el Espíritu Santo es el que despierta la conciencia cauterizada por el pecado: “Tan imposible es arrepentirse si el Espíritu de Cristo no *despierta la conciencia* como lo es obtener el perdón sin Cristo”.¹

Otro aspecto importante en el pensamiento de Elena G. de White es que cuando el ser humano nace, este llega con una naturaleza pecaminosa pero también con débiles tendencias hacia lo bueno.² Sin embargo cuando el hombre persiste en rechazar la gracia de

¹ White, *El camino a Cristo*, 26. Énfasis en el original.

² Elena G. de White concierne a esto llega a mencionar que “en todo corazón existe no solo poder intelectual, sino también espiritual, una facultad de discernir lo justo, un deseo de ser bueno. Pero contra estos principios lucha un poder antagónico. En la vida de todo ser humano se manifiesta el resultado de haber comido del árbol del conocimiento del bien y del mal. Hay en su naturaleza una inclinación hacia el mal, una fuerza que solo, sin ayuda, él no podría resistir”. White, *La educación*, 28. ¿A qué se debe que antes de la conversión exista un deseo de ser justo, de ser bueno, de hacer lo correcto? El deseo humano de hacer el bien, se debe a que el Espíritu Santo está trabajando en él. Una influencia hacia lo correcto, de la cual los seres humanos no se dan cuenta, es la que está obrando sobre su alma. En su libro *El camino a Cristo*, Elena G. de White da mayor luz sobre este asunto, refiriéndose al Espíritu Santo como agente regenerador. Ella expresa que: “Él es la fuente de todo buen impulso. Es el único que puede implantar en el corazón enemistad contra el pecado. Todo deseo de verdad y pureza, toda convicción de nuestra propia pecaminosidad evidencia que su Espíritu está obrando en nuestro corazón”. White, *El camino a Cristo*, 26. Asimismo siempre que los seres humanos son “animados por un sincero deseo de hacer el bien”(*ibid.*), es el Espíritu Santo el que los está atrayendo.

Cristo, aquellos vestigios de la imagen de Dios en el hombre (deseos de ser justo y libertad para aceptar a Cristo),¹ quedan prácticamente borrados,² perdiendo así su libertad para responder al llamado de Dios, llegando a convertirse en un títere de la voluntad del enemigo:

Toda transgresión, todo descuido o rechazamiento de la gracia de Cristo, obra indirectamente sobre nosotros; endurece el corazón, deprava la voluntad, entorpece el entendimiento, y no sólo os vuelve menos inclinados a ceder, sino también menos capaces de oír las tiernas súplicas del Espíritu de Dios.³

Cuando la mente no está bajo la influencia directa del Espíritu de Dios, Satanás puede moldearla a su voluntad. Depravará todas las facultades de raciocinio⁴ que pueda controlar.⁵

De las consideraciones previas se puede afirmar que para Elena G. de White, el ser humano no nace con una depravación total, pero si puede llegar a ella. La depravación

¹ Aunque Elena G. de White reconocía los terribles cambios que el pecado provocó en la raza humana, ella expresa que, aunque su naturaleza está severamente debilitada, el ser humano aún conserva rasgos de la imagen de Dios. En sus propias palabras menciona: “El pecado mancilló y casi borró la semejanza divina” (White, *La educación*, 15), pero “aunque empañada y deteriorada por el pecado, el alma humana guarda aún vestigios de dicha inscripción”. Elena G. de White, *El ministerio de curación* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1959), 120. Ser creados a imagen y semejanza de Dios, para Elena G. de White implica tener voluntad (capacidad de decidir entre lo bueno y lo malo). Por lo tanto, al afirmar que el pecado no ha destruido completamente la imagen de Dios en el ser humano, ella sostiene que el hombre aún tiene la libertad para elegir o rechazar la invitación de Dios.

² Elena G. de White, *La temperancia* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1976), 206.

³ White, *El camino a Cristo*, 34.

⁴ Al depravarse las facultades de raciocinio por el pecado, también nuestra libertad de escoger a Cristo se ve afectada.

⁵ Elena G. de White, *En los lugares celestiales* (Mountain View, CA: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press, 1891), 165.

total no se hereda, sino que es consecuencia de un proceso.¹

Un ejemplo claro de este concepto, lo podemos encontrar cuando ella describe la condición espiritual de Sodoma y Gomorra: “La depravación moral de Sodoma se había filtrado de tal manera en su carácter, que las personas no podían distinguir entre lo bueno y lo malo”.

Otra declaración que vislumbra mejor el asunto de que la libertad por escoger a Cristo se puede perder, es cuando ella describe la degradación espiritual a la que descendió Jerusalén, después de persistir en el rechazo de Cristo en la ocasión de su primera venida:

Los hombres ya no razonaban, completamente dominados por sus impulsos y su ira ciega. En su crueldad se volvieron satánicos. Tanto en la familia como en la nación, en las clases bajas como en las clases superiores del pueblo, no reinaban más que la sospecha, la envidia, el odio, el altercado, la rebelión y el asesinato... Los amigos y parientes se hacían traición unos a otros. Los padres mataban a los hijos y estos a sus padres. Los que gobernaban al pueblo no tenían poder para gobernarse a sí mismos, las pasiones más desordenadas los convertían en tiranos.²

En líneas generales, la perfección de carácter con la que fue creado el ser humano, quedó gravemente afectada por el pecado, al punto de que la libertad humana para escoger servir a Cristo quedó adormecida, por consecuencia, para que el pecador pueda estar habilitado en decidir libremente si desea aceptar o rechazar la gracia de Dios, el Espíritu Santo primero tiene que despertar su conciencia cauterizada por el pecado.³

¹ Luis Álvarez, “Una comparación del concepto de depravación humana y gracia preveniente en Arminio y Elena G. de White” (Tesis de licenciatura, Universidad Adventista de Chile, 2020), 43.

² Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2007), 27.

³ White, *Reavivamientos modernos*, 22.

Si el hombre inconverso acepta la invitación divina se efectuará en él el milagro del nuevo nacimiento y si persiste en rechazar la gracia de Dios, llegará a una depravación total, perdiendo su libertad para elegir aceptar a Cristo

Proceso de la conversión humana

(1) En la obra de la salvación, Dios es quien toma la iniciativa de buscar al ser humano para llamarle al arrepentimiento. En la Biblia “se representa al pecador como una oveja perdida, y una oveja perdida nunca”¹ vuelve al redil por sí sola, es el pastor quien tiene que salir a buscarla. Elena G. de White continúa esta línea de pensamiento diciendo que:

Muchos se confunden en cuanto a lo que constituye los primeros pasos en la obra de la salvación. Se piensa que el arrepentimiento es una obra que debe hacer por sí mismo el pecador a fin de que pueda ir a Cristo. Se piensa que el pecador por sí mismo debe procurar capacitarse para obtener la bendición de la gracia de Dios. Pero si bien es cierto que el arrepentimiento debe preceder al perdón, pues sólo es aceptable ante Dios el quebrantado y contrito de corazón, sin embargo el pecador no puede producir por sí mismo el arrepentimiento ni puede prepararse para ir a Cristo. A menos que se arrepienta el pecador, no puede ser perdonado. Pero la cuestión a decidir es si el arrepentimiento es obra del pecador o es una dádiva de Cristo. ¿Debe esperar el pecador hasta que esté lleno de remordimiento por su pecado antes de que pueda ir a Cristo? El primer paso hacia Cristo se da gracias a la atracción del Espíritu de Dios.²

Se puede afirmar de esta declaración que los seres humanos “no podemos dar un paso hacia la vida espiritual a menos que Jesús atraiga y fortalezca el alma”.³ Dios es el

¹ Elena G. de White, *Mensajes selectos* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1966), 1: 457.

² Ibid.

³ Ibid.

que da el primer paso a través de su atracción¹ al hombre. Es por eso que el arrepentimiento es el resultado de que Cristo llame a nuestros corazones, impresione nuestras mentes, y nos convenza de pecado. Tal es así que, si él no llamara al corazón humano, y no lo convenciera de pecado, le sería imposible para el ser humano poder arrepentirse por sí mismo, ya que “el arrepentimiento proviene de Cristo tan ciertamente como el perdón”.²

La atracción, que es el llamado que el Espíritu Santo hace al arrepentimiento, tiene como argumento principal el amor de un Dios soberano, hacia sus criaturas débiles y degradadas por el pecado. “La cruz es el gran centro de atracción. [...] Es el amor de Dios lo que atrae el alma a Cristo para ser recibido con gracia y presentado a Su Padre”.³

Otro aspecto importante en el proceso del nuevo nacimiento, es que el medio que el Espíritu Santo usa para hacer el llamado al arrepentimiento, es la ley de Dios,⁴ ya que es la Palabra de Dios que tiene el poder de conmover el corazón humano con irresistible fuerza.⁵ “Esta palabra imparte poder; engendra vida. [...] Transforma la naturaleza y

¹ Cuando Elena G. de White menciona que Cristo atrae a los seres humanos hacia él, ella se está refiriendo al llamado que Dios hace para al arrepentimiento del hombre: “El llamamiento es la atracción del pecador hacia Cristo”. White, *Mensajes selectos*, 1: 456.

² Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1993), 152.

³ White, *Receive Power*, 41.

⁴ Fernando Canale, *¿Adventismo secular?: Cómo entender la relación entre estilo de vida y salvación* (Lima: Universidad Peruana Unión, 2012), 222.

⁵ White, *Hechos apóstoles*, 94.

vuelve a crear al alma a imagen de Dios”.¹

Elena G. de White menciona que “cuando las verdades divinas son impresas sobre el corazón por el Espíritu Santo, se despiertan nuevos sentimientos”.² Esto es así ya que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4:12, RVR1960).

(2) El ser humano debe aceptar al llamado divino, para poder ser regenerado. Para poder realizar el milagro del nuevo nacimiento, Dios necesita el consentimiento del ser humano, él no obra por la fuerza. “Él espera el consentimiento de la voluntad para otorgar al pecador las riquezas de su gracia”.³ “Si los hombres están dispuestos a ser amoldados, se efectuará la santificación de todo el ser”.⁴

(3) Cuando el ser humano acepta el llamado divino, el Espíritu Santo obra en él, el milagro del nuevo nacimiento. Si el pecador responde a la invitación divina, será inducido a arrepentirse estando listo para que el Espíritu Santo pueda regenerar su corazón. En sus propios términos Elena G. de White explica: “Si el pecador responde a la influencia vivificadora del Espíritu, será inducido a arrepentirse y a comprender la importancia de obedecer los requerimientos divinos”.⁵ Del mismo modo, “si los hombres están dispuestos a ser amoldados, se efectuará la santificación de todo el ser. El Espíritu tomará

¹ White, *La educación*, 126.

² White, *Hechos apóstoles*, 373.

³ White, *Receive Power*, 41.

⁴ White, *Hechos apóstoles*, 43.

⁵ *Ibid.*

las cosas de Dios y las imprimirá en el alma. Mediante su poder, el camino de la vida será hecho tan claro que nadie necesite errar”.¹

Para que “el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad”, se necesita de un poder sobrenatural “que obre en el interior”.² Elena G. de White dando más detalles de este asunto, llega a mencionar que: “El cambio de corazón representado por el nuevo nacimiento puede realizarse únicamente por la obra efectiva del Espíritu Santo”.³

Condiciones para la conversión en el ser humano

Es válido mencionar que para Elena G. de White hay condiciones que el hombre tiene que cumplir para ser regenerado. Para ella, la conversión no sucede como un hecho automático en el que Dios convierte al ser humano, quiera este o no, sin consultarle. Hay una parte humana que se tiene que hacer: “Pero aquellos que esperan contemplar un cambio mágico en su carácter sin un esfuerzo decidido de su parte para vencer el pecado se sentirán decepcionados”.⁴

Ella también expresa que hay algunos que “esperan que alguna fuerza irresistible sobre la cual no tengan dominio, se posea de ellos. Pasan por alto el hecho de que el creyente en Cristo ha de obrar su salvación con temor y temblor”.⁵

¹ Ibid.

² White, *El camino a Cristo*, 16.

³ Elena G. de White, *Dios nos cuida* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1991), 81.

⁴ White, *Receive Power*, 64.

⁵ Elena G. de White, *El evangelismo* (Washington, DC: Asociación Publicadora Interamericana, 1994), 212.

Para que el ser humano vuelva a estar en armonía con Dios, este tiene que cooperar con el Espíritu Santo: “Y hemos de cooperar con el agente divino en esta obra”.¹ En una declaración útil al respecto, la misma Elena G. de White llega a expresar que “el Señor no tiene la intención de que el poder humano sea paralizado; pero para que mediante la cooperación con Dios, el hombre pueda llegar a ser un agente más eficiente en sus manos [...] el Señor le ofrece al hombre el privilegio de ser copartícipe consigo mismo”.²

Dios no hará la parte, “para cuyo cumplimiento ha dado facultades al hombre”.³ En otras palabras el Señor no puede decir por nosotros porque para eso nos ha dado libre albedrío, para poder emplearlo: “El Señor no tiene intención de hacer la obra para cuyo cumplimiento ha dado facultades al hombre. La parte del hombre debe ser realizada”.⁴

¿Cómo el ser humano coopera con Dios? Haciendo lo que Dios no puede hacer. Dios no puede forzar al ser humano para que le entregue su vida y le obedezca. Esa es la parte que le corresponde al ser humano: “El invita, suplica, exhorta; pero no obligará a los hombres a venir a él. Espera su cooperación. Espera el consentimiento de la voluntad para otorgar al pecador las riquezas de su gracia, reservada para él desde la fundación del mundo”.⁵

¹ Elena G. de White, *Joyas de los testimonios* (Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2004), 2: 339.

² White, *Receive Power*, 41.

³ White, *Fe y obras*, 25.

⁴ Ibid.

⁵ White, *Receive Power*, 41.

De esta forma, el camino de la salvación es un continuo proceso de recibir y devolver. No podemos salvarnos por nosotros mismos, hay un poder fuera de nosotros que tiene que hacerlo. Dios es el que hace la salvación de principio a fin. Pero en los pasos que se tienen que dar para alcanzar la salvación, Dios necesita el consentimiento humano, la cooperación del hombre con las facultades y aptitudes que él le ha concedido: “No podemos edificar por nosotros mismos. Hay un Poder fuera de nosotros que tiene que edificar la iglesia, poniendo ladrillo sobre ladrillo y cooperando siempre con las facultades y aptitudes dadas por Dios al hombre”.¹

“Es un continuo proceso de recibir y devolver”,² de llamado y respuesta. “Debe haber una coparticipación, en la cual todo el poder es de Dios y toda la gloria pertenece a Dios”.³ La cooperación humana no produce ningún mérito por el cual se pueda obtener la salvación.

Morir al yo

Anteriormente se mencionó que cuando el ser humano responde el llamado divino, el Espíritu Santo obra en él el milagro del nuevo nacimiento. Sin embargo es importante comprender las implicancias que tiene este llamado. Es por ello que en esta parte se describirá lo que implica el aceptar seguir a Cristo.

En el pensamiento de Elena G. de White, el aceptar seguir a Cristo implica hacer una entrega total, una vida de completa sumisión a la voluntad divina. Es por ello que

¹ White, *Fe y obras*, 25.

² White, *Fe y obras*, 25.

³ *Ibid.*

para que una persona pueda nacer de nuevo tiene que “morir al yo”. En sus propios términos ella menciona: “Hemos de entregar a Dios *todo el corazón*, o no se realizará el cambio que se tiene que efectuar en nosotros, por el cual hemos de ser transformados conforme a la semejanza divina”.¹ De la misma forma, “la conversión no es una obra a medias, un servicio a Dios y a las riquezas, sino volverse completamente a Dios”,² pues él “requiere la entrega completa del corazón antes de que pueda efectuarse la justificación”.³

¿Qué significa que Dios lo exija todo? ¿Qué significa morir al yo? Es renunciar a nuestras “ambiciones más caras”,⁴ es entregar completamente a Dios nuestra voluntad, planes y propósitos. Implica la más acerba sumisión, “una sumisión hasta la muerte por causa de Cristo”.⁵

Un ejemplo de lo que significa una entrega total, es lo que Cristo hizo por nosotros. Elena G. de White expresa que Jesús explicó a sus “discípulos que su propia vida de abnegación era un ejemplo de lo que debía ser la de ellos”.⁶

Asimismo el que Cristo exija una entrega completa, es el examen que comprueba si la fe del creyente es verdadera o falsa, si se es un auténtico o falso seguidor de Cristo.

¹ White, *El camino a Cristo*, 65-6. Énfasis añadido.

² Ellen G. White, “The Cheerful Giver Accepted!”, *Review and Herald*, 19 de febrero de 1901, 340.

³ White, *Fe y obras*, 103.

⁴ White, *El deseado de todas las gentes*, 355.

⁵ *Ibid*, 385.

⁶ *Ibid*.

Por eso, cuando Jesús dijo a los que le seguían si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame, aquellos que no “eran sinceros, los egoístas, que le habían buscado, no le deseaban más”,¹ muchos de los que le habían seguido se apartaron.

Así, que es correcto afirmar que “Dios no justifica meramente a los pecadores que confían en su acto de salvación en la cruz. En lugar de eso, Dios justifica a aquel cuya fe causa que muera a su vieja forma de vida”.²

Por otra parte, Elena G. de White, no niega que para el ser humano inconverso le sea difícil hacer una entrega total, sin embargo ante esta realidad, ella expresa los siguientes consejos:

(1) Entender y saber qué es lo que se entrega, una vida corrupta y deteriorada por el pecado: “Pero ¿qué damos cuando se lo damos todo? Un alma contaminada de pecado para que Jesús la purifique, la limpie por su misericordia y la salve de la muerte por su amor sin par. Y sin embargo, vi que algunos piensan que es demasiado difícil entregarlo todo. Me avergüenza oír hablar de esto, me avergüenza escribirlo”.³

(2) Es solamente cuando el ser humano comprenda el amor de Dios hacia él, que estará listo para poder hacer una entrega total:

Los que sienten el amor constrictivo de Dios no preguntan cuán poco pueden dar a fin de obtener la recompensa celestial; no preguntan cuál es la norma más baja, sino que buscan una perfecta conformidad con la voluntad de su Redentor. Con

¹ White, *El deseado de todas las gentes*, 356.

² Canale, *Adventismo secular*, 222.

³ Elena G. de White, *Joyas de los testimonios* (Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1971), 1: 53.

ferviente deseo lo entregan todo, y manifiestan un celo proporcional al valor del objeto que buscan. ¿Cuál es ese objeto? La inmortalidad, la vida eterna.¹

“Cuando decimos ¡cuán duro es renunciar a todo! Hagámonos la pregunta: ¿A cuánto renunció Cristo por mí?”²

Jesús no reputó el cielo como lugar deseable mientras estábamos perdidos. El dejó los atrios celestiales, para venir a llevar una vida de oprobios e insultos, y soportar una muerte ignominiosa. El que era rico en los inestimables tesoros del cielo se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Hemos de seguir la senda que él pisó.³

De las citas anteriores se puede afirmar que comprender el amor de Dios hacia nosotros despierta ese deseo de querer ser cambiados completamente por Dios y permitir voluntariamente que él pueda destruir aquellos pecados “que han sido atesorados como tesoros preciosos”⁴ y que impiden hacer una entrega total.

Por eso Elena G. de White expresa:

¿Quién está dispuesto a hacerse cargo de sí mismo? ¿Quién está dispuesto a poner el dedo sobre sus queridos ídolos del pecado y permitir que Cristo purifique el templo echando fuera a los compradores y vendedores? ¿Quién está dispuesto a permitir que Jesús entre en el alma y la limpie de todo lo que mancha o corrompe?”⁵

En resumen, en la obra de salvación es Dios quien toma la iniciativa de salvar al ser humano, pues el hombre caído no puede arrepentirse por sí mismo, este (el arrepentimiento) al igual que el perdón viene de Dios. El trabajo del Espíritu Santo es despertar

¹ Ibid.

² Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Buenos Aires: Asociación Publicadora Interamericana, 2003), 1: 220.

³ White, *El deseado de todas las gentes*, 385.

⁴ E. G. White, “The Law of God”, *The Review and Herald*, 8 de marzo de 1870.

⁵ Ibid.

nuestra necesidad de Dios, de invitar y suplicar al arrepentimiento, la parte del ser humano es ir a él. “Desde el principio hasta el fin, el hombre ha de ser colaborador con Dios.”¹ En un continuo proceso de recibir y devolver, de llamado y respuesta, donde el ser humano se somete completamente a la voluntad divina.

La naturaleza humana después de la conversión

¿Qué es lo que hace el nuevo nacimiento en el ser humano? Si el pecado deteriora, degrada al ser humano, la conversión inicia en él un proceso de restauración, de mejora, hacia lo que el hombre era en su estado original. Elena G. de White expresa:

Quando un hombre se convierte a Dios, se le da un nuevo gusto moral, se le da una nueva fuerza motriz y ama las cosas que Dios ama; porque su vida está atada por la cadena de oro de las promesas inmutables a la vida de Jesús. El amor, el gozo, la paz y la gratitud inefable impregnarán el alma, y el lenguaje del bendito será: “Tu benignidad me ha engrandecido” (Salmo 18:35).²

El nuevo nacimiento hace que el ser humano vuelva a estar en armonía con Dios. El hombre caído comienza a ser feliz en la presencia de Dios, comienza a hallar placer en la obediencia, sus pensamientos, sus intereses y móviles comienzan a armonizar y a coincidir con los de su creador.

Sin embargo, así como el pecado no borró completamente la imagen de Dios en el ser humano, el nuevo nacimiento tampoco destruye completamente la naturaleza pecaminosa, la que persiste de forma debilitada y ya no de manera predominante.

Del mismo modo el que la vieja naturaleza no muera después del nuevo nacimiento, trae las siguientes consecuencias en la persona regenerada:

¹ White, *Reavivamientos modernos*, 38.

² White, *Receive Power*, 67.

(1) Que en el ser humano aún siga habiendo luchas con el yo: “Cada día se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo”.¹

(2) Aún sigue habiendo imperfecciones: “La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida”.²

(3) Que el creyente aún siga teniendo el riesgo de caer de la gracia y que la vieja naturaleza vuelva a tener predominio. Elena G. de White advierte contra aquellos que “anclan sus almas en la suposición de que habiendo experimentado una vez el poder santificador de Dios, no están en peligro de caer”.³ Ella sostiene, en cambio, que “podemos temer constantemente que nuestra vieja naturaleza vuelva a obtener la supremacía”.⁴

Sin embargo aunque la naturaleza pecaminosa no haya sido completamente erradicada de los cristianos conversos, estos cada día tienen el privilegio y la oportunidad de seguir creciendo a la estatura plena de Cristo.

Por otra parte, es útil destacar que Elena G. de White es enfática al afirmar que solo cuando Cristo vuelva nuestro carácter volverá a ser perfecto y volveremos a ser restaurados completamente a su imagen, pero mientras tanto “dure la vida, no habrá un momento de descanso, un lugar al cual podamos llegar y decir: Alcancé plenamente el blanco. La santificación es el resultado de la obediencia prestada durante toda la vida”.⁵

¹ White, *Joyas*, 1: 538.

² Ibid.

³ White, *Receive Power*, 67.

⁴ Ibid., 64.

⁵ White, *Hechos apóstoles*, 447-8.

Conclusiones

Las conclusiones de este estudio se enmarcan en relación a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que enseñó Elena G. de White con respecto al nuevo nacimiento en el contexto de su comprensión de la naturaleza caída del ser humano? A continuación se presentan tres conclusiones vinculadas a las tres secciones principales en las que está estructurado este estudio.

Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza. Para Elena G. de White esta semejanza se aplica, tanto a su carácter como a su aspecto exterior. La perfección de carácter con la que fue creado lo capacitaba para obedecer perfectamente a los requerimientos divinos pues sus designios eran puros y sus pensamientos santos. Sin embargo al ser creado a imagen y semejanza de Dios también implicaba tener libertad o libre albedrío, lo que dejaba abierta la posibilidad de pecar.

Después de la caída del ser humano, Elena G. de White considera que éste aún sigue teniendo libre albedrío para responder al llamado divino. Esto se debe básicamente a que la imagen de Dios no ha sido borrada de manera total de su ser.

A pesar de que Elena G. de White afirma que el ser humano nace con libertad para aceptar a Cristo, ella también advierte que el ser humano puede llegar a perder este privilegio, como resultado de rechazar permanentemente a la gracia divina.

En la segunda sección, en lo que respecta al proceso del nuevo nacimiento, es importante destacar las diferencias que existen entre las posturas de los demás reformadores (Lutero y Arminio) con la de Elena G. de White. Lutero, quien cree en la predestinación absoluta, considera que la soberanía divina se encarga de que quienes han sido elegidos para ser salvos cumplan con los requisitos para ello, independientemente de su voluntad.

Por su parte Arminio quien se opone de alguna manera a la concepción de predestinación absoluta de Lutero, afirma que a causa del pecado todos los seres humanos nacen sin libre albedrío, Dios tiene que restaurarlo. Una vez que lo restaura, llama al ser humano al arrepentimiento. Y el ser humano ejerciendo su libertad restaurada puede rechazar o aceptar la invitación divina.

Elena G. de White concibe de una manera distinta de entender este asunto. En sus escritos se puede notar que para ella todos los seres humanos nacen con libre albedrío, solo que antes de que Dios tome la iniciativa de invitar al ser humano al arrepentimiento este se encuentra “dormido” o “latente”, pero cuando el Espíritu Santo llama al pecador al arrepentimiento a través de la predicación, el libre albedrío se “despierta”, y el ser humano libremente puede tomar la decisión de rechazar o aceptar aquella invitación.

Elena G. de White sostiene que con el nuevo nacimiento se inicia un proceso de restauración en el ser humano, que solo será completado en la segunda venida de Cristo. Sin embargo el que la naturaleza pecaminosa no muera después de la conversión, hace posible el riesgo de caer de la gracia, y que vuelva a tener dominio sobre la persona que ha nacido de nuevo. Es decisión del ser humano convertido decidir qué naturaleza gobernará su vida. Si se busca a Dios cada día comenzará a predominar la buena, pero si se deja de depender de Dios predominará la mala.

La lucha es hasta que Cristo venga. “La batalla para vencerse a sí mismo, para lograr la santidad y el cielo, es una lucha de toda la vida. Sin continuo esfuerzo y constante

actividad, no puede haber adelanto en la vida divina, ni puede obtenerse la corona de victoria”.¹

¹ White, *Reavivamientos modernos*, 58.

Bibliografía

Fuentes de Elena G. de White

- White, Elena G. de. *La educación*. Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1978.
- White, Ellen G. Letter 191, 1899.
- White, Elena G. de. *Testimonios para la iglesia*, t.5. Buenos Aires: Asociación Publicadora Interamericana, 2003.
- _____. *El camino a Cristo*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1993.
- _____. *Historia de los Patriarcas y Profetas*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2008.
- _____. *Reavivamientos Modernos*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2008.
- White, Ellen G. *Spiritual Gifts*, t. 3. Battle Creek, Mich.: Ellen G. White Estate, 1864.
- White, Elena G. de. *Consejos para los maestros*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1971.
- White, Ellen G. *Ye Shall Receive Power*. Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association, 1995.
- _____. "The warfare Between Good and Evil", Review and Herald, 16 de abril de 1901.
- _____. Letter 135, 1898.
- _____. Letter 44, 1899. Énfasis añadido
- White, Elena G. de. *Los hechos de los apóstoles*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1957.
- _____. *El ministerio de curación*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1959.
- _____. *La temperancia*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1976.
- _____. *En los lugares celestiales*. Mountain View, Calif: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press, 1891.
- _____. *El conflicto de los siglos*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2007.
- _____. *Mensajes selectos*, vol. 1. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1966.

- _____. *El Deseado de todas las gentes*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1993.
- _____. *Dios nos cuida*. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 1991.
- _____. *El evangelismo*. Washington, DC: Asociación Publicadora Interamericana, 1994.
- _____. *Joyas de los testimonios*, t. 2. Washington, DC: Ellen G. White Estate, 2004.
- White, Ellen G. “*The Cheerful Giver Accepted*”. *Review and Herald*, 19 de febrero de 1901.
- White, Elena G. de. *Joyas de los testimonios*, t.1. Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1971.
- _____. *Testimonios para la iglesia*, t.1. Buenos Aires: Asociación Publicadora Interamericana, 2003.
- White, Ellen G. “The Law of God”, *The Review and Herald*, 8 de marzo de 1870.

Fuentes auxiliares de la investigación

- Alvarado, Alonzo R., trad. *Los estándares de Westminster y la forma de gobierno de Westminster*. Guadalupe, Costa Rica: CLIR, Bill Green, 2009.
- Álvarez, Luis. “Una Comparación del Concepto de Depravación Humana y Gracia Preveniente en Arminio y Elena G. de White”. Tesis de licenciatura, Universidad Adventista de Chile, 2020.
- Canale, Fernando. *Adventismo secular: Cómo entender la relación entre estilo de vida y salvación*. Lima: Universidad Peruana Unión, 2012.
- Fortin, Denis, and Jerry Moon. *The Ellen G. White Encyclopedia*. Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association, 2013.
- Graf, Roy. “Supuestos Antropológicos en Elena de White e Implicaciones Educativas”. Tesis de licenciatura, Universidad Adventista del Plata, 1999.
- Pub. Disp., XI, in *Works*, 2:192; citado en Abner F. Hernandez, “The Doctrine of Preventive Grace in the Theology of Jacobus Arminius”. Tesis Doctoral, Andrews University, 2017.
- Tappert, Theodore G., ed. *The Book of Concord: The Confessions of the Evangelical Lutheran Church*. Philadelphia: Fortress Press, 1959. Citado en Pedersen Gunnar, “The Soteriology of Ellen G. White Compared with the Lutheran Formula of Concord: A Study of the Adventist Doctrine of the Final Judgment of the Saints and Their Justification Before God”. Tesis Doctoral, Andrews University, 1995.